

El impostor

Santiago Pizarro



Copyright CSA Images

Capítulo 1

El impostor

“He deseado a mujeres cuyos solos zapatos valen cuanto he tenido en toda mi vida.”

John Fante, “Pregúntale al polvo.”

1.

Es viernes 24 de septiembre de 1999. Caía el sol por entre las montañas y generaba un bello velo rosa cobrizo mientras iba de camino a mi trabajo actual. Atardecía templado y poco ventoso. Caminaba de manera inconsciente y poco pensativo. No había nada nuevo para detenerse a apreciar; naturalmente decimos eso los que ya superamos la niñez y nada nos resulta novedoso. Por supuesto que dejando eso a entender, se imaginarán mi edad, es 22. Quizá mi única representación de mi niñez en este momento sean los caramelos sugus que llevo en el bolsillo. Los compré cuando salí de casa y son un recuerdo de mis paseos al colegio con mi madre.

Sin embargo, cuando uno recorre el mismo camino siempre, suele cautivarse por el pasivo andar de la gente que viene y va, por ejemplo, con una pareja que camina junta de la mano, o una mujer treintañera que lleva a pasear a su perro o a su hijo a la plaza, o un grupo de albañiles que regresan a su casa en grupo, charlando animadamente. Me refiero a que no hay dos días iguales en lo que vulgarmente llamamos como ‘cotidianeidad’ en todo lo que observamos mientras andamos. Tal vez nunca volvamos a ver dos veces a las mismas personas en toda una vida.

Exceptuando en donde uno desperdicia su tiempo por un poco de dinero a cambio, en mi caso trabajo de limpieza en un pub. Pero no simplemente lavando platos o limpiando baños insalubres, a veces suelo encargarme de buscar lo que se necesite al momento. El dueño, llamado Don Cacho, me permite las llaves de su auto; nada lujoso, claro. Simplemente aprecio su confianza. Siempre estoy acompañado de un cocinero un año mayor a mí, de nombre Gabriel, un muchacho de tez pálida, mirada indiferente y cabello ondulado un poco descuidado. Es el único amigo que he podido cosechar desde de que empecé, hace 4 meses. Con él, tiendo a reírme mucho de sus hazañas con las mujeres. Le tira indirectas a la jovencísima chica que nos provee el pollo. O le cuenta algún chismecito a la anciana verdulera. Incluso se trata con cierta afinidad con la mujer del dueño. Me refiero a que no insinúa nada entre manos, pero en esencia tiene mucha

confianza en sí mismo.

En el regreso nos reciben los demás cocineros para ayudarnos a descargar, muchos de ellos entrando a sus 40, con el pelo canoso y un ligero gesto de cansancio en sus ojeras; arrugas que empiezan a formarse en la frente y en las comisuras de los labios. Entre nosotros, la única joven (además de mí y Gabriel) es mi prima Mónica, de 19. Convencí a mi jefe para que reemplazara el puesto de mozo después de que al anterior lo descubriera él mismo besándose con otro chico en el baño; él entró de simple casualidad y presencié aquel acto. No habría sido tan grave si no fuera porque era menor de edad, y consiguiera entrar en compañía de sus padres.

Él suele ser muy suspicaz, y la razón es por tener uno de los bares más importantes de la ciudad. A la cual sólo llega gente adinerada; hombres con chombas o camisas de marca, zapatos o mocasines de un brillo que denotan pulcra; mujeres con vestidos de colores inmaculados, o con bordados exóticos, e hijas vestidas con el último grito de la moda, cuyas siluetas trabajadas, las asemeja a diosas nocturnas. Lujos con los que probablemente nunca me llegue a permitir. Esa fue la primera impresión que tuve ni bien empecé, tal vez por eso me gusta mi labor en los platos. Nadie de ese mundo podría entrar y verme en las condiciones en las que estoy. No estoy diciendo que me gusta mi forma de vestir, simplemente no puedo permitirme algo mejor.

Mientras estoy allí, y la pila de platos crece y crece; tiendo a escuchar los ritmos que retumban a través de las paredes. Y es que aquí llegan músicos afamados de todos los géneros, desde la salsa, el blues, el rock, y variaciones más experimentales y audaces. Pero la que yo destaco es el jazz. Aquellos destellos burbujeantes e hiperactivos me recorren el cuerpo y muevo enérgicamente los jabonosos dedos mientras fantaseo con que soy el trompetista principal. Y no sin razón, yo también toco, y se me da muy bien. Más concretamente desde que estoy acá y dejo que esa forma descomunal de tocar se quede grabada en el cerebro para luego replicarlo entusiasmadamente en mi habitación.

Ese día estuvo un tal 'León' García, cuya edad es similar a la mía, pero a quien nunca vi desde que llegué.

2.

Ya pasadas las 5 de la madrugada, todos los comensales se habían ido. Afortunadamente mi labor no había sido tan ardua y comencé a arreglarme pronto, no en el caso de mis compañeros. Aprovechando la ventaja esperé afuera mientras tomaba un poco de aire fresco; el intenso olor a grasa de la cocina es algo que se queda pegado no solo en la ropa, sino en los pulmones. Volteaba la cabeza de acá para allá sin nada específico que ver, salvo la quietud de las casas al frente de donde estaba.

Me paré en medio de la calle con la tonta confianza de que nadie me iba a sobrepasar con el auto, mientras palmaba mis arrugadas manos en los bolsillos. Regresé al cordón, pero antes de levantar un pie me detuve en seco. Un pequeño cuadrado de rugosa superficie negra que brillaba opacamente por la luz de las calles, estaba ahí. Lo levanté y me di con una abultada billetera de cuero. Por alguna razón, lo primero que pensé fue en que su dueño se me aparecería por detrás para darme las gracias por haberlo encontrado. No pasó nada. Lo abrí, y me di con cuatro billetes de 50 pesos y una tarjeta de débito.

Escuché las risas cómplices de mi prima y Gabriel saliendo del local, no se percataron que metí rápidamente mis manos a los bolsillos. Todavía con una sonrisa, Mónica se acerca para preguntarme si ya nos podíamos ir, le respondí que sí. Nos despedimos de Gabriel y tomamos el camino opuesto a él. Ambos vivimos a una cuadra de distancia, así que acompañarla es bastante usual, pero no frecuente. Mientras se acerca un cigarrillo a los labios para darle una calada y lo vuelve a alejar de sí con dos dedos, me cuenta lo que hizo en la semana. el humo que expele y cubre su cabeza parece una montaña rompiendo una nube. Aunque yo no fuera buen conversador, ella es una ametralladora de palabras que termina agobiándome. Esta vez no necesitaba prestarle tanta atención como de costumbre, ya que caminaba felizmente erguido por mi descubrimiento.

Desperté a las 12 del mediodía, es sábado y siento un retumbante dolor de cabeza por el hambre. Estoy seguro que no hay nadie más en casa. Mis padres se separaron a mis 17, no porque mi papá sea desatento, por no decir idiota; sino porque mi madre optó por cuidar a sus últimos familiares en su pueblo natal, Las Juntas. Y la ausencia de mi padre se debe a que suele ir a los asados que organizan sus compañeros mecánicos. No tenemos tele, así que una vieja radio portátil es la única compañía que llena los espacios de nuestra pequeña casa de adobe. Sintonicé alguna estación favorita con música acorde a esta época; mi papa, en cambio, suele dejarlo en aquellas que relatan partidos o ponen música de dinosaurios. Encendí la hornalla con agua en una pava; "otro día más a mate", pensé con un peso descomunal en la cara cuando me acordé de la billetera. Volví a mi cuarto y busqué mis pantalones que tiré descuidadamente por ahí. Sí, era real, no lo había soñado. 'Bueno, no tenés por qué comer lo que hay en casa. Podés pedir una pizza en lo de Julio', me encontré diciéndome.

Me encantan estos días de primavera en los que uno no necesita ni encender el ventilador ni abrigarse lo más que pueda. La luz del día choca contra la pared del patio e ilumina mi cuarto por la ventana. Yo estoy cautivado, absorbo con el poder que emana con mi trompeta, incluyendo estar con el estómago feliz. No puedo decir que mi instrumento sea un absoluto lujo, al contrario, es una pequeña pieza de metal que alguna vez fue de un dorado tan resplandeciente como el sol, ahora es tan opaca

como una moneda vieja. Es la herencia de uno de los hermanos de mi papá. No sé mucho sobre su historia más allá de que lo usó en su vida por Buenos Aires. Replicando lo que escuché, sumando lo que sé, uniéndome en una sola línea de mi ser en la que todo mi cuerpo actúa con precisión. Cerrando un compás por acá, añadiendo un adorno por allá, mis dedos subiendo y bajando como lo que uno ve en el interior de un motor en funcionamiento. Me es imposible explicar el frenesí que uno experimenta. Mis labios y ojos apretados, mis pulmones comprimiéndose y descomprimiéndose a mi voluntad. Todo es una simple sensación de poder.

Estoy caminando por las calles otra vez. Decidí usar parte de mi motín en ropa nueva, no cara. Tengo fe de que la ropa de marca solo sirve para caerle bien a quien te mira, no es lo mismo cuando te ves al espejo y no podés reconocer a quien está parado, me parece una violación a lo auténtico. Además, no necesito verme bien en mi trabajo, simplemente necesito deshacerme de mis remeras machadas y desteñidas, y de mi único par de pantalones a los que ya tomaron un permanente mal olor por la transpiración.

3.

Otro día entrando al bar. Soy uno de los primeros en llegar, no porque me obliguen, ni porque me demande tanto tiempo, sino porque no tengo nada más que hacer. Lleno un balde con agua y empiezo por limpiar los pisos hasta que puedo verme reflejado en él. Me observo como si ese reflejo perteneciera a otra dimensión. Esa versión de mí seguro es dueño de este lugar y no tiene la necesidad de limpiar porque alguien más lo hace. Paso a hacer lo mismo en los baños mientras maldigo amargamente para mis adentros, sabiendo que voy a repetir la misma tarea en infinitas ocasiones; todos los seres humanos aparentamos ser prolijos por nuestra higiene, pero si nadie limpiara, no nos diferenciaríamos del resto de los animales.

Me tomo un descanso acompañando un momento a mi jefe mientras toma un té digestivo. Nuestras charlas no son muy fructíferas, primero porque no pertenecemos a la misma generación ni compartimos las mismas preocupaciones, y segundo porque le resulta mucho más importante prestar atención a los noticieros que a otra cosa. A veces me mira y habla con vehemente emoción sobre si su equipo de futbol se está desempeñando bien, o para señalar hurañamente por qué las costumbres de antes se van perdiendo. Mientras lo hace, se detiene a mirar a los empleados que llegan. Supongo que guarda ese resentimiento que muchos viejos traen con las generaciones más jóvenes acerca de que nunca van a experimentar las injurias que ellos sufrieron.

El grave rumor de los hornos industriales va creando una atmosfera en la cocina; es hora de trabajar. Los insultos entre los cocineros nunca se

hacen esperar. Muchas veces es porque alguien olvido marinar tal cosa, o usar aceite nuevo para tal otra. Me desgasta pensar en que tenemos la única alternativa de dedicarnos a una sola profesión para toda nuestra vida, como si nos catalogaran para una sola función para siempre de entre miles.

Extrañamente, no escuché que los músicos hayan calentado desde que el salón empezó a habitarse en un mar de conversaciones. Mi jefe entraba y salía, ladraba por la incompetencia de alguno y volvía a pasar por la puerta. Al cabo de un rato, empecé a sumergir los vasos en el agua para escuchar lo que decía.

- No sé qué mierda voy a hacer. Para colmo los otros músicos no me dicen nada, como si dependieran de él para todo. – decía él.

- Pero es que realmente lo necesitan para poder empezar. – intervenía Gabriel. - ¿Qué sentido tiene una banda de jazz sin un trompetista?.

Dejé lo que hacía y me acerqué a Don cacho. Su torpe andar dada su robustez, su calva frente brillando por la transpiración y el entrelazamiento de sus nudosos dedos me indicaban que realmente estaba nervioso.

- No se preocupe, yo puedo tocar - le dije.

Se dio vuelta y se detuvo para examinarme un momento, como si nunca me hubiera visto antes.

- ¿Y qué estás esperando? - me gritó.

No estoy muy seguro de en qué momento regresé al pub y de cuánto tardé. Luego de contarle a mi jefe que sé tocar, me permitió ir a buscar mi trompeta en su auto. Bajé por avenida Gobernador Galindez, doblé por Virgen del Valle y tomé la Belgrano hasta que conseguí llegar a casa. Mi papá con una expresión sosegada, me preguntó si no tenía que ir a trabajar. Estaba sentado mirando su plato de fideos mientras la leve luz del comedor le iluminaba la mesa. Le expliqué bruscamente que necesitaba llevar mi instrumento al trabajo. Pasé corriendo a mi cuarto y di con el estuche. Lo abrí con una tonta imagen en la cabeza de algún hechicero consiguiendo hacerlo desaparecer, pero no, seguía ahí. Algo curioso que me pasó fue que todos los semáforos de ida y vuelta estuvieron en verde.

Cuando les mostré a todos mi estuche en evidencia de que no mentía, se miraron escépticos y pensaron que no iba a ser un plan viable. El primero en acercarse a mí fue Gabriel, que palmeándome el hombro le pidió al jefe

su boina y lentes de lectura. Él vacilante lo hizo.

- Tomá, ponete esto y salí al escenario. Nadie se va a dar cuenta. – me dijo.

Algo confundido accedí. Me empujó por la puerta hasta el salón, y de ahí a las pequeñas escaleras de madera del escenario. Me subí, y mi cuerpo empezó a tomar dimensión del lío en el que me había metido. Nunca había tocado más que para mí, dentro de mi habitación, esto no era lo mismo. Sentía mis extremidades temblando involuntariamente. Sonó la voz de Gabriel diciéndome 'tranquilo, solo estás nervioso', pero no estaba seguro si lo dijo realmente o me lo imaginé. Rápidamente le grité que por favor me trajera una silla, y eso hizo. Con las piernas todavía temblando, miré a los demás músicos, que con un gesto indiferente asintieron preparados.

Primero, un platillo empezó a acariciar suavemente el ambiente, después un acorde descontracturado del piano me indicó la tonalidad. En la tempestad de mi aflicción, mi cabeza me indicó que no era tan grave, íbamos a empezar con algo lento y sencillo. Poco a poco empecé a narrar algo con mis dedos, pero casi discretamente. Las luces rojas, verdes, azules y moradas me segaban intensamente. Me dije que no iba a salir de esta, pero para cuando me di cuenta, la pieza ya había terminado. Un corto aplauso me avisó que el público seguía existiendo, pero no se dieron cuenta de mi torpeza. En la siguiente comencé de la misma manera, continué con una leve soltura en mi respirar y en mis dedos; terminé pretendiendo que lo que había tocado era digno de ser escuchado, excusándome con que la improvisación en el jazz era genuina. Aunque hablar de improvisación es una farsa, lo que los músicos hacemos es ensamblar ideas prefabricadas. Luego, avanzamos con ejecuciones más potentes, pero nada me importó, ya que sentía que nada era realmente complicado. Para las últimas 2 horas tocamos a todo pulmón; nosotros sabíamos que la gente ya había digerido lo que pidieron y comenzaban a bailar despreocupadamente. El aumento de los lentes que llevaba puesto no me dejaba ver claramente, cosa importante para mí, nada más para enfocarme exclusivamente en lo que estaba haciendo.

Los relajados arpeggios del piano en el último compás me confirmaron que ya habíamos terminado por hoy. Otra vez el público nos aplaudió de forma breve. Tal vez porque le alivianamos sus cargas por un rato, y ahora tenían que volver al mundo real. De todas formas, solo quería salir de ahí, huir antes de que descubrieran que era un simple lavaplatos, un impostor. Cuando entré otra vez a la cocina, todos me recibieron sorprendidos señalando que era bueno en ello, creyendo que era una especie de talento innato, lo que no sabían era que solamente es cuestión de disciplina.

4.

Me permitieron salir sin necesidad de terminar de lavar, de cualquier manera, me quedé sentado afuera. Quería esperar a mi prima como de costumbre. Al cabo de un rato salió, instintivamente me pare dejando el estuche donde llevaba la trompeta por debajo de un brazo.

- Ah, todavía estás acá. Escúchame, no te hagas drama. Yo me voy a otro lado.

- No hay problema. – respondí.

- Dale, nos vemos, corneta. - dijo Gabriel apareciendo detrás.

“Corneta”, la creatividad que tiene para ser gracioso y cruel a veces, no tiene límites. Levanté la mano que tenía libre en gesto de saludo y ellos asintieron con la cabeza. Empecé a marchar por entre el silencio de la noche. No fue pasadas dos cuerdas cuando me puse a pensar en que estos dos estaban saliendo. No tuve tiempo para debatirme si Gabriel era del todo indicado para alguien como ella, porque me sentía muy cansado. Había perdido la noción del tiempo mientras estuve metido ahí adentro, sumada a la adrenalina que había experimentado, tenía la piel pegajosa por la transpiración. Me había hecho pasar por alguien, sí, hice un trabajo que no me pertenecía y pude haberme metido en problemas, también. Pero la gente no se percató de la diferencia. Y mi jefe podría defenderme diciendo que el trompetista original nunca avisó que iba a llegar. De alguna manera me sentía comprometido con todo esto, y al mismo tiempo emocionado. Quizá sea una incomodidad sana y una rebeldía privada, como un dolor que valía la pena sentir, porque hice algo que me toca el corazón por lo menos una vez. Distraje mi mente con una canción que hablaba sobre un corazón roto, sabiendo que no me sentía exactamente así. Se abre con una trompeta deslizándose elegantemente, mientras imagino que soy él, y al mismo tiempo todos los que están tocando, porque no hay nadie más que yo que pudiera sentir con más decisión lo que estaba interpretando. Repentinamente me imaginaba cantando también, con una voz magistral a la que le robaba la atención a todos.

“Dos gardenias para ti,

Con ellas quiero decir

Te quiero, te adoro, mi vida

Ponle todas tu atención

Que serán tu corazón y el mío.”

Desperté al día siguiente sin saber a ciencia cierta si todo lo que había hecho el día anterior había sido real o no. Despertar todos los días en la misma cama era como un acostumbrado descenso a la misma estación de las cosas monótonas y mundanas, sabiendo que el hechizo se rompe y uno vuelve a ser la misma persona mediocre de siempre. La rutina nos oxida como frutas viejas.

Los domingos en mi trabajo solo se atiende al mediodía, así que tuve que llegar rápido, aun sabiendo que estar en ayunas me hace mal. No me detuve para saludar a nadie, ayer ya soporté suficiente sus miradas. Simplemente me detuve en la pila de platos y me ocupé de mi trabajo.

Cuando el local cerró, busqué a Gabriel para preguntarle por qué me pidió que me disfrazara así. Con el rostro risueño me sugirió que lo acompañara. El mostrador estaba en la esquina derecha del salón, conectada por una pequeña ventana a la cocina, entre esas dos paredes que se unen se encuentran decoradas fotos de todas las personas importantes que han visitado el lugar. Él sacó un marco y me lo entregó, en ella había 5 personas, al primero que reconocí fue al dueño. Luego miré con más detenimiento al resto, el baterista, bajista y pianista, que los había conocido anoche. Solo quedaba uno, un muchacho delgado, vestido con un traje dorado, una boina gris con la que escondía su alborotado pelo, y lentes de pasta gruesa; de labios pequeños y un gesto inclinado hacia atrás de su cara en señal de soberbia. Y, por supuesto, una trompeta en una de sus manos apuntando a la cámara como si fuera una pistola, mientras posaba de forma cliché como los detectives en las películas. Tardé un momento en darme cuenta que era bastante parecido a él.

5.

Para la semana siguiente, ya me había preparado mucho más para cualquier eventualidad. Y con eso me refiero a que decidí practicar el doble con mi instrumento, gasté otro poco del dinero que había encontrado en ropa, pero esta vez en una chomba roja con detalles en negro muy elegante, y en un par de zapatillas estilo jean que están de moda ahora. Ya casi no me quedaba nada, pero un buen presentimiento me recorría el cuerpo expectante con que podía volver a subirme al escenario otra vez. Me bañé, me peiné y me perfumé con más dicha que nunca para esa noche. De haberme tomado un momento para escuchar la radio y enterarme de que 'León' García estaba siendo buscado luego de desaparecer con algunas deudas impagas, habría tomado más precauciones.

Y ni bien llegué a mi trabajo, ya estaba tocando otra vez. Me sentía el rey de lo absoluto, y tenía el poder de atravesar las paredes con mi música. Transmitía colores indecibles y todos se envolvían en ellos con suaves vacilaciones. Mi jefe decidió relegar mi trabajo a su mujer; no quería

perder a su gallina de los huevos de oro. Incluso lo emocionó ver que había llegado mucha más clientela que la semana pasada.

Esta vez el público aplaudió más animadamente que la vez anterior. Bajé del escenario triunfante, con la satisfacción y la garantía de que esto podría convertirse en un trabajo permanente, cuando repentinamente sentí que un brazo me rodeaba la espalda, doblé la cabeza a quien me había apresado y me encontré con un señor que nunca había visto antes. Tenía el pelo blanco por la edad, prolijamente peinado, un bigote tipo cepillo, y una camisa celeste. Pude percibir su colonia incluso antes de mirarlo.

- ¿Cómo te va?, pensé que no ibas a venir.

No atiné siquiera a despegar mis labios cuando me pregunta:

- ¿No me querés acompañar a una fiesta para gente más joven?

Tuve un pantallazo en ese momento, recordé la música aburrida que escucha mi papá sentado en un rincón de la casa con una caja de vino en la mano, completamente despeinado con el cabello ralo que le quedaba a los costados de la cabeza, con la mirada perdida a pesar del aumento de sus lentes, su camisa abierta y arrugada, sacando a relucir su panza, y sin siquiera emitir una palabra en esa odiosa costumbre suya. Respondí que sí.

Nos subimos a su auto, yo sentado en el asiento del acompañante y dos amigos suyos de buen porte, detrás. Miré una última vez al pub, diciéndome que debí haber esperado a que mi jefe me pagara. Me objeté con un qué más daba, de todos modos, con lo que recibía era lo mismo a no ganar nada. Trabajo solo para que él viva bien a mis expensas, puedo ser fácilmente reemplazable. Quizá lo único que me mantenía atado a ese criadero de cucarachas eran Mónica y Gabriel, a los que pasan de mí casi inadvertidos.

Llegamos a la entrada de una concesionaria, algo confundido miré a mi anfitrión que abrió la puerta y me invitó a entrar. Al fondo de un mostrador había otra puerta, pero esta descendía hasta una especie de depósito subterráneo, allí me invadió una música fuerte e irreconocible con luces destellantes. Me detuve a observar detenidamente qué era todo eso. Primero me sorprendió la gente extrabagante que bailaba en el centro de la pista, había algunas mujeres de gran altura y cabello corto por un lado, hombres teñidos con colores intensos en sus cabezas por el otro, otro grupo de gente disfrazada con una especie de pijama de varios diseños. La música era bastante futurista e incomprensible, según escuché por la radio una vez, lo llamaban electrónica o algo así. En definitiva, el señor tenía razón, esto es lo que bailan los jóvenes de ahora, pero nunca aclaró que era para aquel grupo de gente incomprensible, recluida en su

soledad y rara. Era una congregación para todos los que no soportaban las desaprobaciones de adultos como mi papá o mi jefe. Me recordó a una fiesta similar al principio de esa película que vi hace pocos meses, en la que el protagonista descubre que la vida en realidad es una simulación, y que todo estaba dominado por maquinas.

Me invitaron a una mesa y trajeron una de esas botellas tan caras y exóticas que sólo están en los estantes más altos del pub. Me sirvieron un vaso y bebí. Un intenso fogor perfumado me recorrió el cuello y desembocó en la oscuridad del estómago. Al cabo de un rato, sentí cómo el cuerpo lo asimilaba, empezaba a sentirme más a gusto con la experiencia de este submundo. Quizá lo único que desencajaba eran este señor y sus amigos, que no paraban de preguntarme cosas, de las cuales entendía la mitad y en su mayoría eran formalidades.

La música seguía sonando con tanta fuerza que era capaz de destaparte los sesos. Una percusión infernal acompañada de aullidos robóticos y sirenas rabiosas mantenía a la gente entretenida.

"You're coming on strong

You're showing your color

Like a setting sun"

Los vasos llegaban uno a otro, indiscretos y destellantes. Y de entre todo ese festival demencial, había una chica saltando y riendo con sus amigos. Llevaba un pijama rosa y su pelo era rubio ondulado, aunque se podían ver sus raíces azabache. Probablemente tenía un año o dos menos que yo.

Mi compañero de mesa comenzaba a ponerse molesto e insistente respecto a cierta deuda, le respondí con una extraña valentía que con la miseria que ganaba no lo iba a solucionar nunca. Él se me quedó mirando algo perplejo. Por mi parte, me detuve otra vez a observar a esa chica que había llamado tanto mi atención. Estaba parada en la entrada de un pasillo que conectaba con la barra de tragos, ponía la vista en todos y tomaba de su vaso en espera de que alguien la invitase a bailar. No lo dudé dos veces; fui a su encuentro. Llegué, me presenté y ella me dedicó una mirada cuya dulzura me reconfortó inconmensurablemente. Le pregunté cómo se llamaba, pero por el ruido de la música no llegué a escuchar bien, sé que terminaba en a. No era de mucha ayuda porque había infinidad de nombres femeninos terminados en esa vocal. Lo siguiente que hice no lo recuerdo muy bien, sólo sé que me había abalanzado a ella y que me mis manos sostenían las suyas contra mi pecho, pero no le molestó, sólo dedicó una esplendorosa sonrisa hacía mí. A mis manos esto no les resultaba nada extraño, era casi como sostener mi instrumento, mi tacto estaba capacitado para sostener con delicadeza

lo que sabía apreciar con el corazón. En ese momento, sentí que otra mano me tiraba del hombro y caí de lleno al piso. Cuando abrí los ojos, pude ver que había sido uno de los amigos de quien me había invitado, que luego de esto me puso un pie en el pecho inmovilizándome. Volteé la cabeza, pero la muchacha ya no estaba. Lo siguiente que sentí fue que mi cuerpo daba vueltas, casi como un pollo al espiedo. Una sonrisa tonta se me dibujó en el rostro mientras veía cómo el techo parecía cada vez más oscuro y distante.

6.

Cuando me recuperé del sopor, miré a ambos lados, estaba sentado otra vez en su auto. Nubes verdes se abrían paso en las ventanas, y al frente seguíamos un interminable caudal de asfalto. Eso quería decir que estábamos en una ruta. Luego leí un cartel que apareció de un destello en la oscuridad con el título "camino a Las Pirquitas 6 km". Junté fuerzas para intentar decir algo, pero solo salió un bufido vago de aire desde el estómago. "Escúcheme", conseguí decir finalmente. El señor volteó la cabeza para mirarme, pero no registré sentimiento alguno en su expresión.

- Le juro que esto es un error. Yo no soy León García, sólo me hice pasar por él porque mi jefe me lo pidió.

No respondió. Sin esperármelo, giró ahora a la izquierda y entró por un camino de tierra que serpenteaba por entre poblados árboles. Siguió manejando otro rato más hasta que el camino se hubo despejado. Entonces se detuvo, abrió su puerta y se quedó esperando afuera mientras sus amigos me sacaban del auto a la fuerza. Sentí que las piernas no me respondían y caí. Levanté la vista luego de que me arrastraran a sus pies; contemplé un paisaje vacío, con algunos matorrales y cactus distanciados entre sí. La única iluminación que llenaba la vista era el azul metalizado de las estrellas y el dorado artificial del auto encendido, apuntando hacia nosotros.

- Mire, me está confundiendo con alguien más, se lo puedo demostrar.

- ¡CALLATE, MIERDA.!

Escuché un ala de metal surcando el aire y una herida se me abrió en el costado izquierdo de la cara, justo debajo del ojo. Di un leve bramido y todos los músculos se contrajeron al tiempo que sentí un estremecimiento en el estómago. En ese lugar de mi nueva herida, sentí continuas punzadas acompañadas de un líquido escarlata que calló a mis labios cálido, agridulce y cobrizo. Eso me sacó de mi ensimismamiento, sentía cómo la sangre bombeaba en mis sienes con fuerza otra vez por la adrenalina. "este tipo está realmente loco", pensé, "tenés que decir algo

antes de que sea tarde”.

- Déjeme mostrarle mi billetera, se va a dar cuenta de que no estoy mintiendo.

No me concedió ningún gesto, aunque no importaba porque ya había sacado de mi bolsillo ese estuche de negro cuero. Se lo acerqué y lo abrió. Tomó los últimos billetes que quedaban sin sacarme la vista de encima con ese rostro vacío y cadavérico, y se los metió al bolsillo. Siguió hurgando y encontró la tarjeta de débito.

- Así que sos Daniel Rodriguez, ¿eh?.

Afirmé nervioso. Por supuesto que ese no era mi nombre, pero él no lo sabía.

- Y me imagino que para saldar la deuda me vas a dar tu clave, ¿no?.

Le respondí con cualquier serie de números azarosos que no fuera el típico 1-2-3-4 que todo el mundo usaba, mientras deseaba profundamente que esa tarjeta ya haya sido inhabilitada. Él le gesticuló a uno de sus amigos, que súbitamente lanzó el estuche de mi trompeta cerca de donde estaba. Se subieron al auto y se marcharon, dejando solo una estela de polvo por detrás.

Yo me quedé ahí, mirando el suelo sabiendo que mi ropa estaba sucia, pero después de todo, estaba vivo. Me sentía infinitamente desdichado, me imaginaba a mi papá insultándome por no haberme defendido como a él le hubiera gustado. Sentía un espiral de impotencia cerniendo sobre mí. Realmente quería tener la vida de ese tipo, y disfrutar de ser popular, gozar de sus placeres, aun si fueran de los más banales y superficiales, aun si atentaban contra mis principios. Me agarraba la cabeza y gruñía con todas mis fuerzas, no quería parar hasta que mis ojos salieran de sus cuencas. Intenté llorar, pero no lo conseguí. La rabia me carcomía, deseaba que la tierra me tragase para no seguir preocupándome por mi existencia. Después de todo, ahí es donde vamos a parar.

Así estuve hasta que sentí un vacío en el pecho, como si acabara de emerger desde lo más profundo del agua dando una gran bocanada de aire. Me sentí apenas aliviado. Cuando abrí los ojos, noté que el cielo ya estaba aclarando en el tono plomizo de la madrugada. Eso me ayudó para guiarme hasta la salida. Verifiqué que mi trompeta siguiera en condiciones y me incorporé desempolvandome la ropa.

Empecé a recordar los paseos con mi mamá llevándome al colegio un día más como cualquier otro.

Llegué hasta la ruta y aprecié que el sol empezaba a despuntar por entre las montañas, vislumbré que su luz iluminaba ya tierras a la distancia. Comencé a andar mentalizándome en que este era otro camino como el que recorría para llegar al trabajo o a casa. Tal vez renuncie y pruebe suerte en alguna banda, o tal vez me convierta en taxista y arregle mi auto con la misma dedicación con la que mi papá lo hace. Pero nada eso me decía algo trasendente, tal vez porque mis pretensiones nunca llegan a buen puerto. Pero ¿de qué sirve tener aspiraciones, esperanzas, sueños?, acabo de sufrir una experiencia que casi me cuesta la vida. La vocación por algo nunca es relevante para los avaros. Los pájaros empezaron a cantarle al alba, mientras pensaba en miles de ocasiones en las que volé tan cerca del sol que terminé por derrumbarme.

“Dejando ese trabajo, él experimentó la misma sensación de libertad y satisfacción como cada vez que lo despedían o renunciaba. Dejando ese lugar, dejándolos ahí – bienvenido, skorski. ¡Nunca lo has tenido tan sencillo! – todos siempre le decían eso, no importaba el trabajo de mierda que fuera.”

Charles bukowski, “Tales of ordinary madness.” (Traducción personal)

Nota del autor

Tal vez lo primero que te estés preguntando es por qué elegí un título tan común como El impostor, y es que el verdadero impostor no es nuestro protagonista, soy yo. Porque me aventuré a escribir esta historia sin aprender métodos técnicos de narración previamente. ¿Cómo hice entonces?, cito a Tarantino, una vez dijo: “Yo nunca fui a una escuela de cine, yo fui al cine”. Mi experiencia leyendo y escribiendo se remonta hasta momentos tan remotos de mi infancia, que nunca me tomé en serio esto hasta que terminé la secundaria. No sin razón, todos odiamos el colegio, o en todo caso, cómo se enseña.

Sobre la historia, no lo elaboré demasiado en mi cabeza, simplemente fui escribiendo sobre la marcha. Solo imaginé el 15% de todo esto, el resto está improvisado. Y parecerá cuestión de milagro, pero solo me tomó 4 noches de insomnio producto del dolor de una incipiente muela del juicio.

Sus influencias son bastante obvias, se nota mi predilección a la filosofía pesimista y novelas con trasfondo psicológico y protagonistas neuróticos como, El túnel, de Ernesto Sábato; El extranjero, de Albert Camus; y de algún modo, El guardián entre el centeno, de Salinger. Y es que todas tienen en común una narración unipersonal, yo quería convertirla en una novela con un narrador omnisciente, y que resultara un verdadero reto para mí el escribirlo. Pero si me tomaba más tiempo corregirla, temía que terminara por relegarla (porque tengo obras más ambiciosas en mente). No fue hasta hace poco que leí un consejo de Ray Bradbury (escritor autodidacta) acerca de que uno escribiendo solamente cuentos se iba a

dar cuenta de qué tan sencillo podría ser narrar una historia, más aún (como ya dije antes) narrando en primera persona.

Cabe aclarar que nada contado aquí fue basado en hechos reales. Lo que me inspiró fueron tres cosas puntuales, la primera, una experiencia personal que le pasó cierta persona que conocí, que en su juventud se hacía pasar por cierto cantante famoso de Catamarca (el cual no voy a dar nombre), que por su parecido, conseguía cantar en algunas peñas; la segunda, fue un trabajo que tuve en mi adolescencia lavando platos (ganar una miseria entra en los hechos reales); y la última fue el capítulo final, del que me inspiré levemente de una escena en la película Blue Velvet, de David Lynch.

Las referencias a la cultura popular empiezan con la canción Dos gardenias, de Buena Vista Social Club (que curiosamente este año está cumpliendo 25 años); la segunda canción es Setting sun, de the chemical brothers; y la película a la que se refiere el protagonista es a la primera entrega de Matrix. Por último, hay una constante alusión al sol y está basado en la historia de la muerte de Ícaro en la mitología griega.

No me queda nada más que agregar excepto agradecer a quien se haya tomado el tiempo de leer esta novela, que a pesar de que está llena de errores, desaciertos e incoherencias, ayuda a que el arte siga viviendo y transmitiéndose.